

las más vistosas galas de las poesías vulgares. Á pesar de cuanto se ha dudado sobre su procedencia, y de la aversion con que la vieron los criticos arriba mencionados, podemos decir de ella, como el tierno y melancólico Tibulo decia de su amada:

Perfida, sed quamvis perfida, cara tamen ¹.

¹ No ignoramos ni debemos pasar en silencio que algunos eruditos coetáneos señalan como una de las fuentes de las rimas modernas los antiguos cantos de los celtas, cuyos *bardos*, segun la docta opinion de O-Flaherty, Wisser, Keating, Linch y otros, escribieron en versos rimados las genealogias, hazañas y guerras de sus príncipes y caudillos. Sabemos tambien que entre los fragmentos citados por estos escritores, pone O-Flaherty algunos pasajes tomados de los cánticos de Amergin, bardo español, hermano de Harmon, primer rey de Irlanda [2292 de la creacion]; siendo la rima el más ostensible ornamento ó acaso el único artificio de sus breves períodos. No desconocemos, por último, que fueron estos primitivos poemas la base de las tradiciones religiosas y políticas trasmitidas por los *fileas* y *feardanas* de los seoto-milesios, tradiciones que dieron por resultado el famoso libro de Teamor, intitulado *Psaltuir Theawair*, y el no menos celebrado *Psaltuir Cashil*, en cuya formacion tuvo alguna parte San Patricio. Pero aun cuando concedamos que los antiguos gaulas, celtíberos y celti-turdetanos exornaran sus cantos de más ó menos armónicas rimas; aun cuando demos por sentado que las leyes y poemas, citados por Estrabon y mencionados ya por nosotros en lugares oportunos, ostentaran iguales atavios, siendo estos generales á todos los pueblós que moraban en nuestra patria antes de las dominaciones púnica y romana, todavia debemos reparar en que olvidadas, ya que no borradas del todo, las primitivas costumbres de los celtíberos; dominados ó descompuestos, aunque no erradicados, sus idiomas por la enérgica lengua del Lacio, que habia desechado aquel ornamento, conforme demostramos en la *Ilustracion I.^a*, y ahogado por su magnífica literatura todo gérmen de literatura nacional, llegaron á interrumpirse aquellas tradiciones que en el suelo de Irlanda y en otras comarcas pudieron resistir el choque poderoso de la civilizacion latina; no descubriéndose en esta parte punto alguno de contacto entre los primeros pobladores de Iberia y los fundadores de las monarquias cristianas. La tradicion de la rima, tal como aparece en las literaturas modernas, reconoce otro muy distinto origen: en nuestro concepto no hay explicacion más satisfactoria, histórica y filosóficamente considerada, que la adoptada y expuesta en estos estudios.

ILUSTRACION IV.

SOBRE LAS FORMAS DE LA POESÍA POPULAR.

LOS ROMANCES ¹.

I.

«Ínfimos son aquellos trovadores que sin ningunt órden, regla nin cuento façen estos romances é cantares, de que las gentes de »baja é de servil condiçion se alegran» ². De esta manera calificaba el erudito don Ínigo Lopez de Mendoza á los poetas popu-

¹ En febrero de 1840 presentamos á la Real Academia Sevillana de Buenas Letras un largo discurso sobre los *Romances castellanos*, el cual tenia por objeto investigar sus orígenes y trazar su historia hasta nuestros dias. En aquel ensayo seguíamos el mismo plan que hemos adoptado en las presentes tareas; mas como por formar escrito separado no puede adaptarse enteramente al sistema que requiere una obra como la historia de nuestra literatura, no nos es dado reproducirlo por completo. La misma diferencia de propósito, los estudios posteriormente realizados por nosotros y los trabajos sacados á luz desde aquel tiempo, especialmente por nuestros doctos amigos don Agustin Duran y don Fernando José de Wolf, nos han obligado tambien á modificar algunas doctrinas, dando más importancia á ciertos elementos que en nuestro primer ensayo se tocaban de pasada, mientras hemos abreviado y resumido ciertos puntos, allí tratados extensamente. Y como pudiera ser que la Real Academia determinase algun dia dar á luz dicho discurso, hemos creído conveniente el hacer aquí esta advertencia, á fin de que no aparezca veleidad ni contradiccion entre lo que hoy imprimimos y escribiamos en 1840.

² *Carta al Condest.*, núm. IX.

lares, después de haber dado el título de *sublimes* á los griegos y latinos, y designado con el de *mediocres* á los que procuraban seguir sus huellas, cultivando las lenguas modernas. Nótase por las palabras trascritas, que siendo á principios del siglo XV vistos con entero desden de los eruditos los cantores del vulgo, ninguna ley de las impuestas á las poesías de los primeros era por los segundos acatada, contentándose únicamente con llenar las condiciones del canto, halagando los instintos de la muchedumbre ignorante, y teniendo en poco los refinados primores artísticos del metro y de la rima. Mostrábase el marqués de Santillana poco afecto á este género de *romances* y *cantares*, nacidos sólo para las gentes de baja condicion, siendo tal vez semejante despego causa inmediata de que no tratara aquel magnate de investigar sus orígenes con la diligencia que empleó respecto de otros puntos de nuestra poesía. Á la verdad no era posible á los trovadores de la corte de don Juan II el empeñarse en este linaje de tareas, cuando aspiraban por todos caminos á conquistar así las galas de otras literaturas como la erudicion de los antiguos tiempos.

Quedaba solamente consignado en la famosa *Carta al Condestable* el divorcio que existía entre vulgares y discretos, habiendo menester la crítica penetrar en las nieblas de siglos anteriores para desvanecerlas con su antorcha. Muchos y brillantes eran los vestigios que por todas partes descubria: leyes, poesías y crónicas, mostraban á cada paso la existencia de aquellos *cantares* y *romances*, única historia de la muchedumbre, que los repetía entusiasmada y que los guardaba en su memoria como inapreciable tesoro. Árdua era sin embargo la empresa: los primeros comentadores del marqués ó la esquivaron ó la acometieron desmayadamente. Nada decía don Tomás Antonio Sanchez sobre la poesía lírico-popular, no creyéndola acaso digna de fijar sus miradas: todas sus investigaciones se encaminaron exclusivamente á ilustrar la historia de los poetas doctos. Contentándose el diligente Sarmiento con apuntar la antigüedad á que se remontaban, en su concepto, los cantos referidos, sólo advirtió que habían sido aquellos más de una vez dañosos á la verdad histórica, señalando de paso la época en que en su entender se fijaron los que han llegado á

nuestros días ¹. La cuestion histórico-artística permanecía pues intacta, desconociéndose los orígenes de aquella forma tan peregrina y espontánea como característica de los primitivos cantos populares; mas los estudios de los orientalistas vinieron al parecer á derramar alguna luz sobre tan importante materia, resolviendo, en sentir de aquellos, todas las dudas y dificultades que pudieran ocurrirse.

Recibióse como opinion más autorizada la del entendido don José Antonio Conde, quien en el prólogo de su *Dominacion de los árabes* dió á los romances origen puramente musulman, haciéndolos nacer de la division por sus primeros hemistiquios de los versos de diez y seis sílabas, que aquellos cultivaban ². Conde traducía los metros compuestos por Abd-er-Rahman I y dirigidos *A una palmera*, del siguiente modo:

Tú tambien, insigne palma, | eres aquí forastera;
De Algarve las dulces aurás | tu pompa halagan y besan:
En fecundo suelo arraigas | y al cielo tu frente elevas,
Tristes lágrimas lloraras, | si cual yo, llorar pudieras, etc. ³

En estos versos, donde pareció conservar la estructura y la rima de los árabes, creyó encontrar dicho orientalista la fuente única de la forma métrica más popular entre los españoles. Siguióle en los *Orígenes del teatro español* don Leandro Fernandez Moratin, manifestando que sólo se sabia «que los castellanos tomaron de los árabes» esta combinacion métrica, y confesando al par que se perdía su principio en la oscuridad del tiempo ⁴. La autoridad de Conde y de Moratin, y sobre todo la seguridad con que el primero exponía aquella doctrina, fué sin duda causa de que la abrazaran, sin más discusion, la mayor parte de los literatos: contáronse entre ellos los eruditos traductores de Boutterwek ⁵, y siguiólos tambien el ilustre poeta, nuestro querido amigo y maestro don Ángel de Saavedra, duque

¹ *Mem. para la hist. de la poesta*, núm. DXLVII y siguientes.

² Edicion de 1820, pág. 18.

³ Id. id., pág. 169.

⁴ Edic. de la Academia de la Hist., tomo I, pág. 83.

⁵ *Historia de la literatura española*, tomo I y único, págs. 109 y 164.

de Rivas, quien en el prólogo de sus *Romances históricos* fué del mismo dictámen, perdiendo lastimosamente de vista que despojaba así de la originalidad, que con razon le atribuía, á la forma métrica más libre y menos artificiosa de cuantas enriquecen la poesía española ¹.

En efecto: si la crítica de nuestros tiempos aceptara, sin otro exámen, la teoría de Conde, ¿cómo podría sostenerse que es el *romance castellano*, aun respecto de las formas, el género de poesía más espontáneo del parnaso español?... ¿Qué espontaneidad, qué originalidad habría en un *metro* y una *rima*, no ya trasmitidos por medio del oído, vehículo natural de las poesías vulgares, sino tomados absolutamente, con todas sus galas y perfiles, de otra literatura? Por cierto que cuando así se ha discurrido, no solamente se han olvidado las condiciones especiales de toda poesía popular, sino que se ha perdido también de vista que la misma facilidad de exponer estas peregrinas teorías, habría de dar márgen á su propio descrédito.

Y no sea esto decir que nosotros neguemos el que existan en la literatura árabe versos de diez y seis sílabas que divididos por sus primeros hemistiquios den por resultado los de ocho: admitido este hecho, que sólo ha podido reconocerse *a posteriori*, hay todavía muchas y muy poderosas razones para dudar de que los castellanos tomaran de los musulmanes semejante combinación, cuya sencillez y notable frescura están revelando que no ha podido derivarse de ninguna poesía tan complicada en su estructura métrica, como la árabe.—Para imitar con tanta exactitud y sujeción como se pretende, y dada ya la necesidad de esta imitación, lo cual no puede conceder buenamente la crítica del siglo XIX, necesario es tener presente que se hubiera acudido á otras formas de mayor estima; pues que imitación tan esmerada y exacta supone ya un gusto adelantado, cualidad que nadie ha atribuido todavía á los primeros cantores que emplean en sus *romances* las hablas del vulgo. Dotados por el contrario de aquella rusticidad de quien sólo atiende á revelar en su infancia un sentimiento íntimo y profundo,

¹ Madrid, 1841.

careciendo para ello de medios fáciles y adecuados, racional parece al estudiar estos primitivos cantares, poner en tela de juicio su pretendida procedencia árabe, con tanta más razón cuanto que sobre no presentarnos huella alguna de esa imitación inteligente, de quien sigue ya en edad adulta la pauta de extraños modelos, tampoco descubren en las ideas, creencias y costumbres que los caracterizan, más directa influencia oriental que la que legitimamente emanaba de los sagrados libros, base indestructible de la religión cristiana ¹.

Para buscar pues el fundamento de esa unidad artístico-filosófica que en los referidos cantos encuentra la crítica, necesario es tener en cuenta los estudios que hasta ahora llevamos hechos, los cuales, lejos de ser favorables á la teoría de los arabistas, la contradicen y rechazan de todo punto. Olvidando estos los orígenes del pueblo cristiano, desdeñando tal vez sus costumbres guerreras y religiosas, teniendo en poco la energía y vigor de sus creencias, y desconociendo por último el antagonismo de ambas razas y civilizaciones, no advirtieron que se ponían en abierta contradicción con la historia, despeñándose en el abismo de la negación, al cerrar los ojos á la luz que por todas partes destellaba.—Mas sólo con traer á la memoria el estrecho consorcio celebrado entre el pueblo español y la Iglesia católica, durante el último siglo de la dominación visigoda ²; sólo con recordar cómo la grey acaudillada por Pelayo y sus sucesores acude al templo para dar gracias al Dios de sus padres por las victorias logradas sobre la morisma ³; sólo con fijar la vista en las relaciones que hemos descubierto y señalado oportunamente entre los cantos religiosos y populares, siguiendo al par el lento desarrollo de las formas artísticas, ya respecto de las poesías latino-eclesiásticas, ya de la vulgar escrita ⁴, puede y debe alejarse todo temor de incurrir en nuevas contradicciones, caminando con firme planta á la deseada meta.

¹ Véase el cap. XV.

² Cap. X.

³ Caps. XI y XV.

⁴ Cap. XIV é *Ilustración* I.^a y III.^a de este volumen.

En efecto: explicada ya de una manera aceptable á todas las inteligencias la espontánea trasmision de la poesía histórico-religiosa desde el estrecho recinto de las basílicas al ancho espacio de los campamentos; dados á conocer con igual claridad los caracteres del metro y de la rima, que exornaban aquellos cantos al aparecer las hablas vulgares; y sorprendido, digámoslo así, el momento en que estas perpetúan las primicias del arte popular por medio de la escritura, ¿por qué vacilar en la adopción de una teoría esencialmente histórica, que rechazando así las hipótesis inverosímiles de los arabistas, como las de los partidarios de la influencia franco-provenzal¹, satisface plenamente las exigencias de la crítica?...

Detengámonos si no á considerar, aun á riesgo de pasar por insistentes, el estado en que hemos hallado la poesía meramente popular en el instante en que los semidoctos atienden á recoger sus cantares, librándolos por medio de la escritura del olvido y desden de los eruditos. Metro y rima, cercanos todavía á las fuentes latino-eclesiásticas, de donde emanan, traen en sí el sello de aquella imitación, ó mejor dicho, de aquella legítima herencia, tal como hemos procurado demostrarlo en la *Ilustración* precedente. Era la base principal de semejante metrificación el octonario latino, ó tetrametro yámbico, que compartiendo su imperio con el exámetro y después con el pentámetro, recibe por último el nombre especial y característico de *pie de romances*². Y no se nos arguya diciendo que la poesía vulgar carecía en la literatura latina de ejemplos capaces de producir esta enseñanza; porque prescindiendo de las ya citadas cantilenas populares de la época del emperador Aureliano, recogidas por Theóclio y Vopisco³; apartando la vista del *Pervigilium Veneris*, citado repetidamente al investigar los orígenes de los versos de ocho sílabas, comunes á casi todos los parnasos neo-latinos⁴; sin fijarnos ahora

¹ Fauriel, *Histoire de la poesie provençale*, tomo I, pág. 32; Damás-Hinard, *Introducción al Poema del Cid*, § V, pág. XXXIII.

² Recuérdese el testimonio de Nebrija, alegado en la pág. 434.

³ Páginas 312 y 213, nota 3.

⁴ El *Pervigilium Veneris*, canto de indubitable decadencia, por más que

demasiado en el canto de San Agustín *Contra donatistas*, modelo de versos octonarios, altamente popular en las regiones occidentales¹,—todavía sobran en el *Himnario hispano-visigodo* ejemplos que nos autorizan para creer que siendo todos sus cánticos patrimonio de la muchedumbre, aprendió esta en ellos á modular ya los versos de diez y seis, ya los de ocho sílabas, que se hacen tan connaturales á nuestra lengua, como han observado antes de ahora doctos investigadores². Ni tampoco faltan las pruebas de esta verdad en los himnos compuestos después de la invasión mahometana: antes bien, según pueden notar por sí los lectores, prosigue en esos cantos, con la misma fuerza que hemos reconocido en todas partes, la tradición del arte latino; y ora sean empleados para repetir las alabanzas de la Madre del Verbo y la piedad de los Santos, ora para celebrar las victorias de la Cruz y el heroísmo de los caudillos cristianos, ofrecen el sello ya del verso *quaternario*, ya del *octonario*, revelando en

lo exornen pasajes dignos del siglo de oro de las letras latinas, insiste en el siguiente bordon ó estribillo:

Cras amet qui nunquam amavit,
Quique amavit, cras amet.

Y comienza así:

Ver novum, ver iam canendum:
Ver renatus nobis est.
Vere concordant amores,
Vere nubunt alites;
Et nemus comam resolvit
Ex maritis imbribus, etc.

En los momentos en que imprimimos estos estudios, se dá á luz una elegante versión parafrástica del *Pervigilium*, debida al erudito académico don Juan Valera. Hála incluido en su apreciable *Historia Universal* el entendido cuanto laborioso don Salvador Constanzo (tomo V, pág. 123), haciendo ambos un verdadero servicio á las letras.

¹ Estúdiense no obstante su estructura (pág. 314), y dígase de buena fé si se ha menester mucho esfuerzo para llegar desde este canto á los metros de romance, aun tenida en cuenta la disposición de las rimas, que obedecen á las leyes constantemente seguidas por los cultivadores de la poesía latina, y una y otra vez mencionadas por nosotros.

² Sarmiento, *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, número 422.